

Educación el alma: el sello en México de la obra educativa de José Vasconcelos

Jorge G. Arzate Salgado

*Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual es Ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE. *La suave patria.*

Entrada

Corre el mes de marzo de 1921, José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional, llega a Querétaro acompañado por sus colaboradores Antonio Caso, Gómez Robledo, Carlos Montenegro, Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet. La

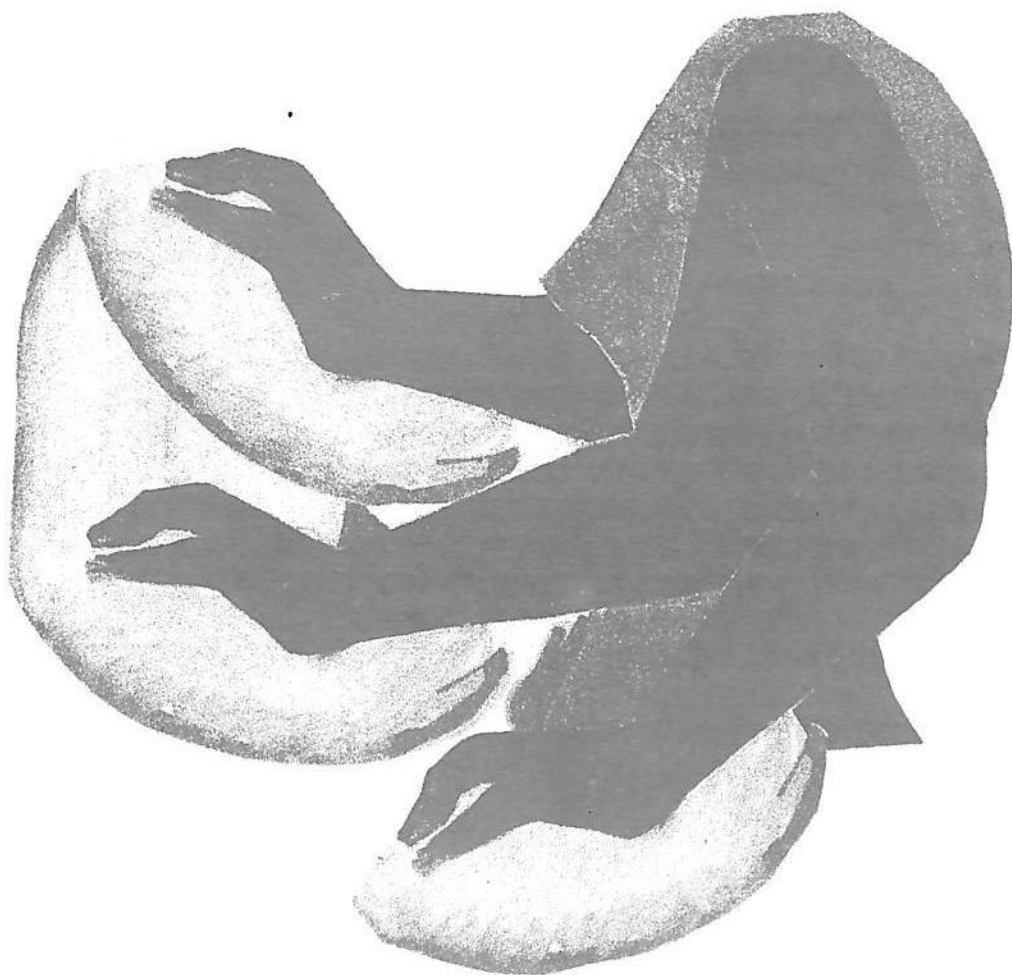
fiesta organizada en honor a la comitiva en la Escuela Normal de Querétaro resulta en gran entusiasmo, y como no serlo si, diría Vasconcelos, ha llegado el tiempo de "regenerar a un pueblo por la escuela". Después, en Aguascalientes, los artistas de la comitiva hacen "ver las ventajas que cada localidad obtendría mediante la cooperación de maestros federales de modelado, pintura, y artesanías de todo género, mientras que los oradores [remueven] la fibra patriótica y la esperanza de tiempos ilustres".

El mismo tono de la gira siguió en Zacatecas, Guanajuato, Guadalajara y Colima. Nadie más de acuerdo con los

planes anunciados por Vasconcelos que los profesores, recién golpeados por las políticas carrancistas de municipalización de la educación. En particular resaltó el ambiente "de alegría" durante el acto organizado en Colima; los niños que llenaban el teatro se pusieron a conversar unos con otros sin que nadie pudiera callarlos, lo cual, el rector de la Universidad Nacional, tomó "como un presagio de los buenos tiempos que venían para la escuela mexicana, en la que el niño iba a ser, ya no una carga, sino un tesoro". Este era el ambiente en la gira que Vasconcelos realizó para hacer propaganda de lo que sería uno de sus máximos anhelos, la refundación de la antigua Secretaría de Justo Sierra. Ahora, la nueva secretaria, sería magnífica en su estructura y majestuosa en su obra: sería una auténtica catedral de la cultura para México.

Sin lugar a dudas hablar de José Vasconcelos, sobre su vida y su obra, resulta una tarea titánica; y a pesar que ya corrió mucha tinta sobre el tema aún no existe una biografía completa sobre el autor, existen muy buenas como la de Blanco (1977), y los estudios sobre su obra educativa también son muchos pero aún fragmentarios. Por lo que las intenciones del presente ensayo son modestas, tanto en extensión como en profundidad, y son motivadas por el deseo de que en nuestro medio universitario se tenga una mejor comprensión de los orígenes de la educación en México y en particular sobre el origen y curso de la Universidad en nuestro país.

Jorge Arzate Salgado. Profesor e investigador de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEM. Licenciado en Sociología por la UAEM. Ha publicado artículos sobre educación en la revista *Convergencia* y en la *Universidad Iberoamericana*.





Bien o mal Vasconcelos fue el primer rector de la Universidad Nacional y, creemos, que algunas de sus características contemporáneas se le deben a él, por ejemplo el énfasis en la vocación de servicio a la nación y de salvaguarda de la cultura nacional (que “la Universidad trabaje por el pueblo”, anunciaba Vasconcelos en su discurso de toma de posesión). Para Vasconcelos el objetivo de la Universidad Nacional era de gran trascendencia: “definir los caracteres de la cultura mexicana”.

Nuestro interés reside en destacar tres aspectos de la vida y la obra de Vasconcelos: la orientación única y particular en nuestro país que imprime a los objetivos de la educación; las características de personalidad, arquetípicas en todos los casos, que permiten comprender de mejor forma por qué el tipo de orientación en su obra educativa; y, tercero, destacar su importancia como continuador, enlace e impulsor de generaciones de intelectuales mexicanos desde el Estado.

Educar el alma

Para Vasconcelos, siguiendo las enseñanzas de Sócrates, “la tarea del educador consiste en despertar la conciencia del educando y aún en creársela, si no la tiene despejada. En todo caso, en suscitarle el desarrollo hasta que produzca aquel parto del alma, final supremo de la educación”. (Indología).

Despertar el alma, dejar que el niño —el hombre— irradie luz, que llegue a la experiencia y conocimiento de lo absoluto y así crear un hombre verdaderamente libre, son para José Vasconcelos, en términos generales, la finalidad de la educación y de la cultura, al mismo tiempo que objetivo de la revolución.

En materia educativa Vasconcelos tuvo una fuerte influencia del filósofo Plotino (205-270). Este fue el último gran filósofo que produjo el mundo griego y su pensamiento, caracterizado por un misticismo introspectivo, y que tuvo gran influencia en el movimiento cristiano.

Para Plotino, el alma era algo fundamental para el hombre, la inteligencia, por su parte, tendría que unirse al alma y dirigirla. El alma de cada hombre es parte de una Alma Universal, es parte de un absoluto. Por tanto, no existe nada más importante que el cultivo del alma, o sea, la búsqueda del absoluto; todo lo terrenal es banal y sin importancia; las “corrupciones del cuerpo” no tienen importancia ya que lo verdaderamente importante es el estado del Alma. Dentro de esta concepción filosófica cada hombre debería dedicarse a las cuestiones del Alma y olvidarse por completo de los asuntos de la vida pública.

En la biografía que hace Porfirio de Plotino es muy interesante encontrar mucho paralelo de comportamiento entre

Vasconcelos y el maestro Plotino y algunos de sus discípulos. Por ejemplo, nos dice Porfirio, Plotino “parecía avergonzado de tener cuerpo”, lo importante para él era la filosofía, lo que lo llevó a estudiar filosofía persa e indú, por lo que procuraba mantener una concentración perpetua de su espíritu. Plotino exigía a sus discípulos la dedicación total y absoluta a la contemplación. Está el caso de su discípulo Rogaciano, quien a pesar de ser miembro del senado y en un momento determinado nombrado pretor, renunció a todas sus dignidades y se desprendió de sus bienes y siervos para dedicarse al estudio de la filosofía.

Para Plotino había una serie de virtudes que servían para “elevarse a la contemplación”, pulir el alma y unir el alma con la inteligencia. Este conjunto de virtudes las clasifica en mayores y menores, las mayores comprenden “las virtudes del alma que contempla la inteligencia”, estas son: la justicia, que une el alma con la inteligencia; la templanza, que es la conversión íntima del alma hacia la inteligencia; el valor, que es la impassibilidad que vuelve al alma semejante a los que la contempla, ya que el alma es impassible.

De alguna forma Vasconcelos se dirigía por los valores de las virtudes superiores de Plotino, de ahí su profundo desprecio a la ignorancia (“peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas”). También su máximo ideal era la filosofía, su máximo anhelo era producir un nuevo sistema del mundo, el cual creía haber desarrollado y el cual sería plasmado en su estética.

De hecho Vasconcelos vivió una especie de tensión durante los períodos de actividad política o de servicio público, ya que lo que más le interesaba era la filosofía. Así, una vez en el servicio público, conservó la más rigurosa templanza del espíritu mediante un régimen severo de austeridad y disciplina. Esta misma actitud aconsejaba para los estudiantes; recomendaba, por ello, baños diarios, paseos dominicales por el campo, y trabajo en contacto con la naturaleza.

En los textos de Vasconcelos que tratan sobre el objeto de la escuela son constantes los desprecios hacia el cuerpo, hacia sus “afecciones” y “corrupciones” que generan sus numerosos fluidos. Por ello, lo primero que recomienda es la implantación en las escuelas del baño diario, en las primeras escuelas instaladas en barrios pobres de la ciudad de México, lo primero fue poner baños y peluquerías; “la primera campaña no fue de alfabeto, sino de extirpación de piojos, curación de sarna, lavado de la ropa”, con la misma intención implantó la donación de desayuno escolares, ya que la escuela debería dar “pan del cuerpo y del alma”.

Como ya se ha dicho, la filosofía educativa de Vasconcelos, sobre todo la expuesta en “Indología” (1926), está orientada en buena medida por los conceptos de Plotino. El núcleo filosófico vasconceliano es el monismo-estético; el cual está basado en tres principios fundamentales: la belleza es una forma de energía, la manera apropiada para comprender la naturaleza de las cosas es por medio de la emoción estética, el universo no solamente se está agotando sino que se está fortaleciendo haciéndose más y más bello. Dentro de tal sistema la estética es síntesis y término unificador y consiste en “una orientación del movimiento de nuestra alma hacia el estado de divinidad en que se realiza lo absoluto”; de tal manera que el arte es el camino ascendente hacia la divinidad (Galván). De aquí la importancia del arte como experiencia estética, tan indispensable como el alfabeto mismo para cualquier estudiante.

Esto significa que, pedagógicamente, la educación de la escuela debe formar hombres en su totalidad, formar la inteligencia, la sensibilidad, la emotividad y procurar mediante estos elementos la unión mística con lo absoluto; es decir, tanto la educación como la cultura tienen por misión producir hombres libres, creativos y vitales, Odiseos griegos y no “Robinsones” al estilo de Rousseau y Dewey, éstos también tachados de “aprendices de pedagogo”:

La meta fundamental del sistema escolar mexicano debe ser “la formación del nuevo Odiseo, el hombre no será educado a base de un saber de dominio, sino que recibirá su cultura para gozar de ella como un fin en sí

mismo” [...] el fin de la educación no es tanto “descubrir como saber, y saber no tanto para poder, como para ser o llegar a ser”. (Indología)

En su “Pitágoras, una teoría del ritmo” (1916), Vasconcelos afirma que existe, aparte del mundo de la ciencia y la economía que asocia con la necesidad y la objetividad analítica, un reino del arte y de la contemplación desinteresada al que se accedía por medio de la percepción intuitiva, estética, de carácter sintético y subjetivo. De la lectura de Pitágoras, Schopenhauer y Wagner, por cierto las mismas fuentes de los poetas modernistas, llega a la conclusión que el universo es en esencia musical, o sea, que “sus elementos vibran de acuerdo con su ritmo interno y que todos contribuían, en armonía oculta, a esa vasta sinfonía que diariamente el mundo ejecutaba para deleite del filósofo y del artista” (Brading, 1989).

La propuesta de Vasconcelos es hacer del hombre, antes que un vulgar Robinson al estilo del hombre norteamericano, utilitarista, mecánico y simple, un Odi-

seo; es decir, un hombre de gran vitalidad e iniciativa, filósofo y artista a la vez que un hombre que sepa hacer. El primero es el pionero americano, el segundo es el mestizo latino. Esta concepción del hombre se complementa con una teoría milenarista del mestizaje y del destino de Latinoamérica; en “La raza cósmica” (1926) no deja de anunciar el advenimiento de la nueva época, total y definitiva, para América Latina y su raza mestiza.

Su actuación en la secretaría puede interpretarse como un gran movimiento patriótico, casi religioso, en pro de la cultura y la educación; se trataba de un movimiento de síntesis cultural que abarcaba no sólo a México sino al Continente

Americano en su totalidad, era interpretado por su autor como “un movimiento hispánico continental surgido de México”:

Por lo pronto, era necesario dedicarse hasta el último minuto y el mejor pensamiento a la tarea que demandaba la patria. Y la patria de pronto se nos



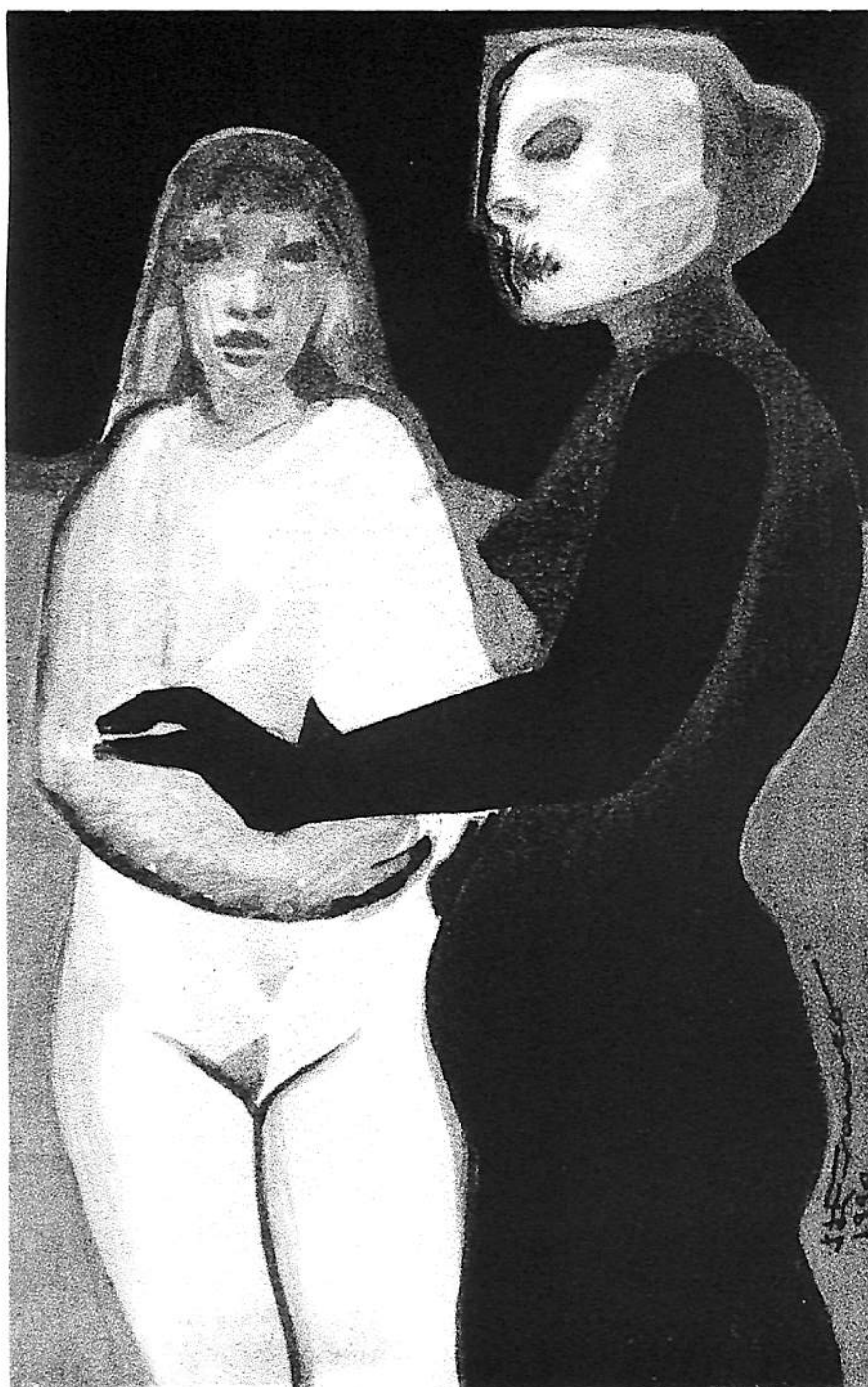
había vuelto grande y abarcaba el Continente [...México debería ser de nueva cuenta] la vieja metrópoli [cultural] del coloniaje ibérico.

De este singular conjunto de ideas deriva el fuerte interés de Vasconcelos en las tareas educativas, decía, a propósito de su campaña de alfabetización: “la mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, a quien no sabe”. De igual forma de aquí derivan sus ideas sobre la igualdad de las razas indígena y europea, pues decía, no acaso los hombres son iguales “ante el espíritu”.

La catedral

Utilizando la Universidad Nacional como plataforma y con la anuencia del presidente interino De la Huerta, Vasconcelos comenzó en 1920 a ensayar lo que sería la Secretaría de Educación; las futuras dependencias de la secretaría comenzaron a funcionar en la universidad, desde allí se comenzó a trabajar la traducción y edición de los clásicos, la campaña de alfabetización y la construcción de los primeros edificios indispensables para que la secretaría naciente comenzara su labor en forma decorosa.

Durante la breve estancia de Vasconcelos como rector de la Universidad, ésta cobró singular importancia por su enorme labor, se trabajaba con auténtico fervor, el cual Vasconcelos no cesaba de incentivar, predicar, entre todos sus colaboradores. En fin, el ambiente era de auténtico servicio a la nación; la tarea no era pequeña ni fácil se trataba nada menos que de “reconstruir el alma nacional”.



El edificio para el ministerio fue planeado como un gran palacio; en la fachada se colocaron estatuas de Minerva, "la sabiduría antigua... la aspiración hacia el Espíritu, Apolo y Dionisos", y, aunque no se logró, Vasconcelos tenía pensado colocar cuatro estatuas en el primer patio que representarían a cada una de las razas del mundo, como premonición de la síntesis racial que sobrevendría en el continente: como anunciación de la raza cósmica o raza definitiva total.

El plan de Vasconcelos para su secretaría era arquitectónicamente sencillo, pero monumental en sus objetivos: abarcaría todo el país y sus actividades comprenderían todas las ramas de la educación y la cultura. La secretaría se organizó en tres grandes departamentos, que a su vez abarcaban todos los institutos de cultura: escuelas, bibliotecas y Bellas Artes. Y como departamentos auxiliares y provisionales estaban los de Enseñanza Indígena y un Departamento de Desanalfabetización, ambos tenían como misión última la de enseñar el castellano, y en el caso del departamento de enseñanza indígena su actividad sólo era transitoria, ya que el fin era incorporar al indígena a la sociedad de "mexicanos" mediante la cultura, a la manera de los misioneros españoles.

La Secretaría de Educación se convirtió entre 1921 y 1922 en una de las secretarías de estado con mayor presupuesto ("con gran liberalidad Obregón me firmaba todo lo que le ponía delante"); sus actividades fueron febriles y claramente mesiánicas. En particular destacan, por su fuerza simbólica, la labor de alfabetización y el desarrollo de las Artes.



La labor de la secretaría fue anunciada por Vasconcelos como el inicio de una cruzada nacional de educación pública; constituía también el verdadero triunfo de la revolución, de ahí que una de las primeras tareas fue convocar a la formación de un "ejército de los educadores que [substituyera] al ejército de los destructores".

Para comprender la tarea titánica de la secretaría hay que recordar que en 1921 el país se encontraba en la penuria y la desorganización total, la destrucción había sido tan sistemática y profunda que en provincia no existían prácticamente escuelas, el analfabetismo era de alrededor del 90% y los pocos profesores que existían habían llegado al límite de la resistencia con las políticas descentralizadoras del carrancismo.

Ante tal panorama nada mejor que una mística del sacrificio y el desinterés promovida desde la secretaría por Vasconcelos y sus colaboradores. El mito de Ulises se trasplantó al deber ser y actuar del magisterio: el maestro debe ser el viejo misionero, el guía. Al maestro, pedagógicamente, se le equipara con Virgilio, quien guía al discípulo Dante de forma cuidadosa y amorosa en una aventura común. Su mística de trabajo trasciende bien y logra triunfos espectaculares en un tiempo récord: hay que ver la labor de verdaderos apóstoles culturales de algunos intelectuales, el joven Pellicer y de una u otra manera todos los ateístas durante la campaña de alfabetización por ejemplo (ver Krauze, 1990).

Federalización de la enseñanza, alfabetización, escuelas rurales técnicas, elementales e indígenas, misiones culturales, desarrollo de las Bellas Artes, impresión de textos de lectura, proliferación de bibliotecas, intercambio cultural, investigación científica. Todo simultáneamente y a un ritmo febril. Sin duda el evangelio de Vasconcelos se difundió en nombre de la revolución y no solamente durante su gestión, durante el maximato muchos de los proyectos vasconcelianos vieron la luz, es el caso



de las actividades superiores, así como de las menores. (Vasconcelos, 1982).

de la expansión de la secundaria y de las escuelas industriales. En síntesis, la obra de la primera secretaría, ni duda cabe, es el pilar y cimiento del moderno sistema educativo mexicano.

Incluso anterior a la fundación de la secretaría, en la rectoría de la Universidad Nacional Vasconcelos se ve ya como el iniciador y diseñador de una nueva época, era el fin de la barbarie y del imperialismo. Con la secretaría la revolución de los viejos y nuevos liberales se hacía realidad.

Sin duda la educación del Alma no es cosa sencilla, implicaba una educación integral del hombre, que incluía el saber práctico ("a todas las escuelas en el campo las dotábamos de una huerta y un taller, aparte de la biblioteca obligatoria"), la educación estética y moral, así como el cultivo del cuerpo. Por lo que el Estado tenía como obligación el financiamiento y diligencia de tal labor: "el bien a de hacerlo el Estado por deber cristiano y no por camaradería de partido". El Estado debería ser para Vasconcelos el gran Mecenas de la cultura:

...no puede hacer nada el artista abandonado a sus propios recursos y es el Gobierno quien únicamente puede, en los tiempos que corren, hacerse Mecenas y director, sistematizador

La cultura entendida en un sentido amplio, o sea, como alimento espiritual del Alma (da energía), tanto de los hombres como de la nación entera. La cultura es la que forja, la que da valores: la que redime al hombre. De aquí también la importancia de la escuela, como gran templo de la cultura.

La cultura, diseminada por todo el territorio nacional y al alcance de ricos y pobres, constituiría un renacimiento de "la raza mexicana"; en realidad sería la verdadera liberación, la verdadera revolución, el instrumento: la Secretaría de Educación.

Juego de arquetipos

Resulta difícil pensar que un "idealista romántico", como califica Brading (1989) a Vasconcelos, llegara a tener tanto poder e influencia en un momento histórico en el cual "la barbarie de Huichilobos" dominaba la escena nacional y cuando, además, el poder lo representaba uno de los más deslumbrantes caudillos militares de la revolución, Obregón. La mancuerna Obregón-Vasconcelos resulta sumamente interesante, tanto por la oposición de personalidades como por los resultados. Quizá el punto más encontrado entre ambos personajes se encuentra en su concepto de lo que era la revolución.

Para Obregón la revolución era un asunto, mejor dicho "una empresa", de guerra y no de teorías; él siente fascinación por la



guerra, sabe que “la bola” es tan grande y turbulenta que no se detendría con discursos, sabe negociar pero intuye que para mantener el poder se debe usar la fuerza sin vacilación alguna.

Vasconcelos, por su parte, es un caballero-filósofo, un verdadero héroe romántico; desprecia la guerra y a toda su comparsa de sanguinarios caudillos pero siente que tiene un deber que cumplir: hacer de la revolución un acto renovador, un acto de civilización y no de muerte y destrucción.

El análisis de la revolución para Obregón es, siempre, desde una perspectiva de estrategia militar, realista. El de Vasconcelos es más bien de tipo idealista, por un lado, está convencido del ideal maderista, del hombre apóstol y su catecismo democrático, y, por otro, imbuido por una extraña mezcla de filosofías metafísicas (Platón, Aristóteles, filosofías orientales), está convencido de su autotransfiguración: José Vasconcelos es un nuevo Ulises.

En el traje del mito griego, recordemos la gran fascinación que siente el grupo ateneísta por los clásicos griegos, el Ulises mexicano lo puede todo, lo debe hacer todo; pero quizás, o lo más fascinante, de todas sus tareas por cumplir está la de ser continuador de la labor de su héroe, también mitologizado después de los acontecimientos de la decena trágica: Madero.

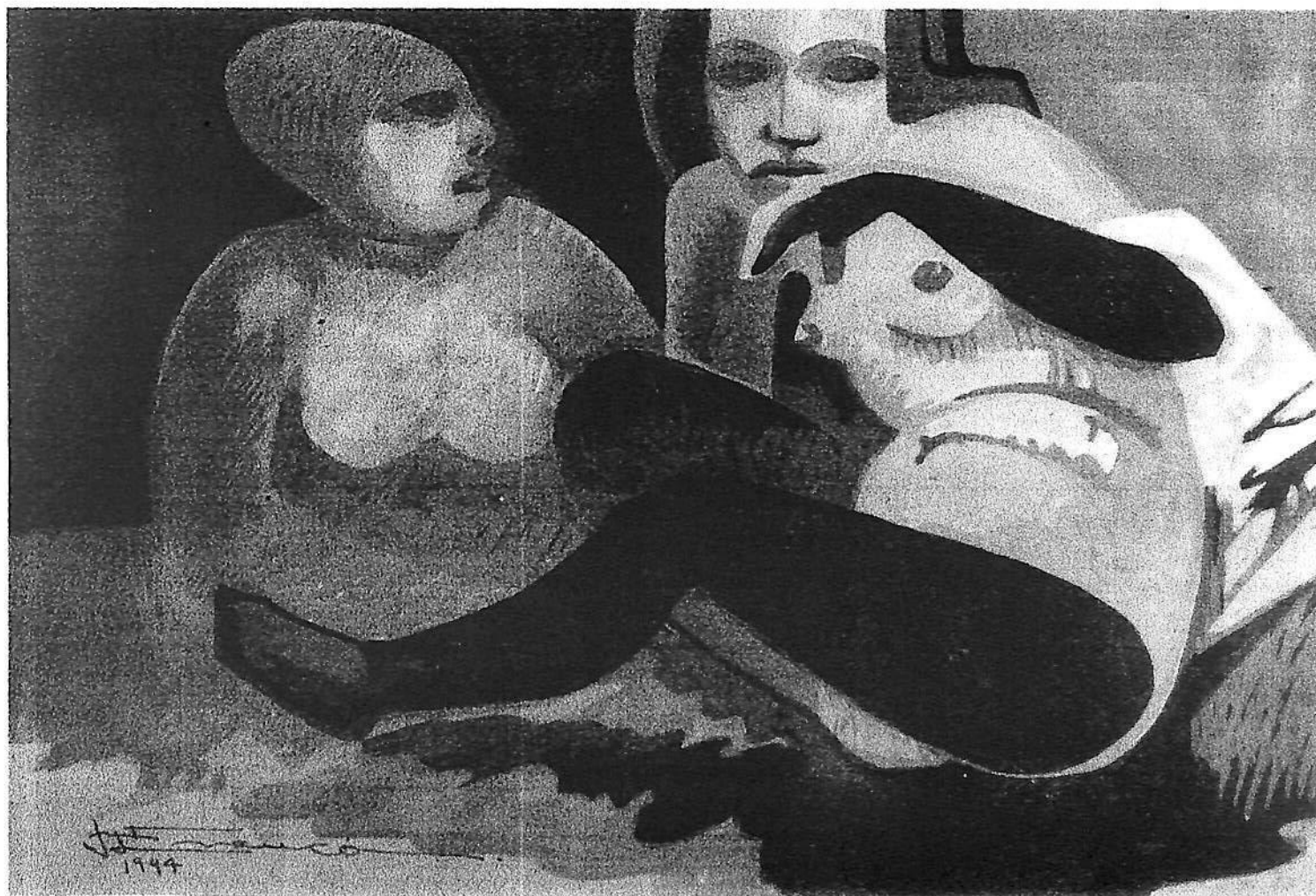
La hipótesis para algunos estudiosos de la obra y personalidad de Vasconcelos es que un primer Vasconcelos, hasta 1929, puede ser interpretado como una reencarnación simbólica del ideal maderista. De hecho esa reencarnación podría ser el lazo afectivo-explicativo de la corta, pero fructífera, mancuerna Obregón-Vasconcelos. Obregón fue un fiel soldado maderista.

Madero fue, para él mismo, un predestinado. Aconsejado por sus espíritus asume el papel de apóstol; primero, desde 1905,

como predicador, como “un médium de espiritualidad política que encarna y lleva un mensaje de cambio a todos los lugares a través de la palabra” (Krauze, 1992); después, en 1911, como mártir, inmolado por la patria, traicionado a la vez, en paradoja, por los ideales y los hombres, abandonado por la providencia y por las masas que meses antes lo aclamaban a la entrada de la ciudad de México.

El Madero apóstol asumió como ética el dominio de las “pasiones inferiores”: purificación y tensión mística para hacer algo útil por su patria, para convertirse en soldado de la libertad y el progreso. Su misión: combatir el poder absoluto en manos de un solo hombre —Díaz. Su objetivo: restaurar el imperio de la ley, que no era otra cosa que el regreso a la constitución liberal de 1857; el mismo Juárez, en espíritu, es quien le anima. Cosío Villegas define bien el ideal maderista:

La bandera maderista era una verdadera reivindicación, mucho más general y más honda de lo que han creído los propios apologistas de la Revolución. Era la reivindicación de la libertad individual para determinar la vida pública del país; era la reivindicación del individuo contra el poder opresor del Estado; de la ley ante la fuerza; del gobierno de instituciones contra el gobierno personal y tiránico; era el reconocimiento del viejo apotema bíblico de que sólo de pan vive el hombre, de que la satisfacción y el gusto del hombre proceden tanto del progreso material como de sentirse libre. (Citado por Krauze, 1992).



A decir verdad, en un principio, Madero no quería revolución sino un cambio pacífico, electoral, democrático y paulatino del país. Pero conforme la actitud del régimen porfirista niega toda posibilidad de transición pacífica, decide el camino de la revolución; es cuando, se transfigura en Arjuna, príncipe que es incitado por Krishna a pelear contra Dhirstarashtra, rey de los Kurús. Madero en todo momento mezcló la realidad con sus concepciones ideales y místicas personales.

Una vez en la silla presidencial, no sin una suerte de eventos afortunados para él, que identifica como la ayuda de la providencia, Madero comete dos grandes errores que lo llevarían al fin. Consecuente con su papel de apóstol, licencia su ejército y pone toda su fe en la capacidad del pueblo a gobernarse a sí mismo con serenidad y sabiduría. Su período se caracteriza por el desencanto del pueblo y la irrealidad de su actuar, por el ataque y la difamación reiterada de la prensa. Al final, con la decena trágica como marco, el apóstol se hace mito y la figura de Madero se convierte en el arquetipo del mártir "moderno": el que se inmola por la democracia.

Existen múltiples coincidencias entre la vida de Madero y la de Vasconcelos. Este, a quien el éxito personal como abogado le había abonado excelentes ganancias, creía sobre todas las cosas en el ideal del individuo libre, herencia cultural de su vida entre México y Estados Unidos; en donde el ideal de la democracia y la libre empresa eran valores indispensables para la realización de los individuos. Aquí ya existe un primer emparentamiento con los ideales de Madero.

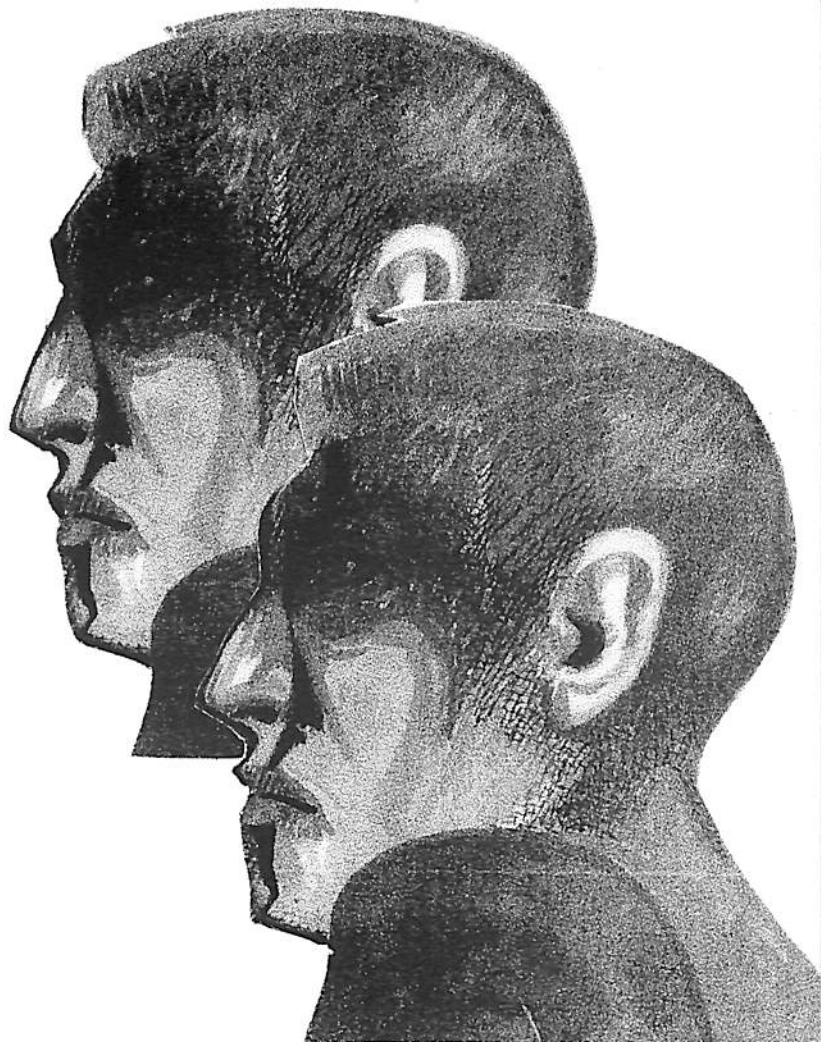
En forma curiosa, el ascetismo de Madero coincide con la filosofía, tomada de Plotino, que Vasconcelos profesa: durante su período al frente de la secretaría apagará "la flama erótica" y la sustituirá por otra de arduo trabajo y redención espiritual: "la secretaría que estaba creando era mi amada exclusiva", decía.

De hecho Vasconcelos fue uno de los primeros y más fieles colaboradores del maderismo. En 1909, Vasconcelos, es uno de los fundadores del Partido Antirreeleccionista. En junio del mismo año dirige, por invitación directa del propio Madero, el periódico el "Antirreeleccionista", órgano ideológico del movimiento antirreeleccionista. De allí para adelante Vasconcelos se convertiría en un fervoroso admirador de Madero. Uno de sus biógrafos, José Joaquín Blanco, considera que en gran medida los fracasos de Vasconcelos "se debieron a que durante toda su vida actuó como si Madero y su época no hubieran muerto".

Durante la presidencia maderista Vasconcelos hizo del Ateneo, ahora llamado "de México", una especie de ministerio de cultura extraoficial. Desde el Ateneo creó la Universidad Popular Mexicana (UPM), que no fue mas que una prefiguración primitiva de su obra en la Secretaría de Educación; el objetivo central de la UPM era la educación para el pueblo, uno de sus logros fue generar una mística para la cultura mexicana muy particular: anticolonialista, bolivarista e indigenista.

Por desgracia la muerte del apóstol Madero dejó su misión inconclusa. El país cae de nueva cuenta en la barbarie de Huichilobos; la lucha de facciones se hace rápidamente un torbellino incontenible. El imperio de la ley y la posibilidad de individualidad son sueños por cumplirse.

Para 1912 a Vasconcelos le preocupaba la "barbarie" en que



el país había caído; le preocupaba la instauración de una república democrática al estilo del ideal maderista. Así, instaurar el reino de la civilización debería de ser el verdadero objetivo de la revolución. Dentro de esta concepción los diversos generales revolucionarios son considerados como farsantes, en ese sentido especial rencor tuvo contra Carranza y posteriormente contra Calles.

Una tercera coincidencia: tanto Madero como Vasconcelos vivieron e hicieron de acuerdo a una lectura mítica de la realidad; uno era el Arjuna del Baghavad Gita, el otro el Ulises -criollo- de la Odisea. Las similitudes son sorprendentes; sus concepciones del mundo estaban permeadas por la metafísica, uno por el espiritismo y el otro por una filosofía de corte idealista-romántico; su ética en ambos casos era la mística: su ideal de nación era una de tipo industrial, moderna por tanto, democrática, pero en el fondo decimonónica; su ideal de sociedad era la clase media criolla; su principal miedo los Estados Unidos y las minorías étnicas no integradas a la nación, de ahí su filiación hacia hispanoamérica; los dos más bien con personalidad de intelectuales que guerreros. Pero, si las similitudes son grandes, las diferencias son de igual forma importantes; Madero es un político, Vasconcelos es un poeta.

No un poeta de versos, en realidad nunca los escribió -sólo al final de su vida como un acto nostálgico y apasionado de exorcismo personal-, sino un poeta en esencia. Tampoco cualquier poeta, fue un poeta romántico. En este sentido aparece un parentesco mayor con el movimiento modernista hispanoamericano; o sea, una cercanía de concepción del mundo más cercano con el modernismo que con el ateneísmo, aunque de este último fuera hijo legítimo.

Octavio Paz define al movimiento modernista como aquel movimiento que "se inicia como una estética del ritmo y desemboca en una visión rítmica del universo" (Paz, 1991). El poeta modernista, propone el mismo Paz, fue el romántico tardío de hispanoamérica: el arte es una pasión religiosa, la

revolución es un regreso a un pasado arquetípico —la visión del tiempo es cíclica, el movimiento literario es una apropiación y asimilación de la poesía europea— es decir independiente, eran elitistas y criollistas. Vasconcelos, con algunos matices diferentes, piensa muy cercano. Increíble, en el fondo, Vasconcelos parece estar más cerca de López Velarde que de Alfonso Reyes. Y en este sentido abismalmente alejado de Madero y por completo opuesto a su mecenas Obregón. Viendo las cosas de este modo es una paradoja su tránsito histórico; quizá de esta especie de “descen-tramiento” temporal se puede entender mejor su futura derrota frente al muro del callismo y su “retiro” melancólico mantenido hasta los últimos días de su vida. Asimismo, la imposibilidad de continuidad de su ideal pedagógico.

Por otra parte, la auto-definición de Vasconcelos como Ulises es, al mismo tiempo, el portador de la buena nueva de la revolución y es el héroe restaurador de la obra inconclusa del maderismo en el México bárbaro de Huichilobos.

Es precisamente en este lugar donde se tiende otro puente entre Madero y Vasconcelos: es necesario continuar la obra del apóstol. Para Vasconcelos la continuación tiene dos vías, la de la cultura y la de la política; en ambas da batalla, en una pierde de forma por demás ingenua y patética, la cruzada del 29; en la otra, por fortuna, deja, de algún modo, semilla.

En realidad el arquetipo de Ulises no es exacto en cierto sentido para Vasconcelos, se trata de una farsa urdida por él mismo en su autobiografía; pues su cruzada iniciada al lado de Madero, continuada con su labor en la Secretaría de Educación y terminada con su derrota política frente a Calles, lo acercan al prototipo, también romántico, del Quijote: caballero andante que embelesado por la lectura de libros de caballería se lanza al mundo para redimirlo, pero su visión es fantástica y amorosa antes que realista y perspicaz, al final es un ser nostálgico y semifantasmal, fuera de época.

Lo mejor de todo es que este Quijote metafísico logró, en poco más de tres años, cristalizar buena parte de sus ideales de redención educativa y cultural para el México incivilizado dominado por el espíritu de Huichilobos.

No obstante, la secretaría y su labor

educativa y cultural dieron brillo internacional a un régimen obregonista más bien turbulento y al final tildado de entreguista frente al imperialismo norteamericano, por la firma de los tratados de Bucarelli; fue, posteriormente, un instrumento de estado para legitimar un poder absoluto y monolítico, de partido-estado, asimismo fue una de las plataformas, sobre todo el magisterio, para el nuevo pacto social sobre el que descansaría el estado nacional callista y más tarde el cardenista.

El puente

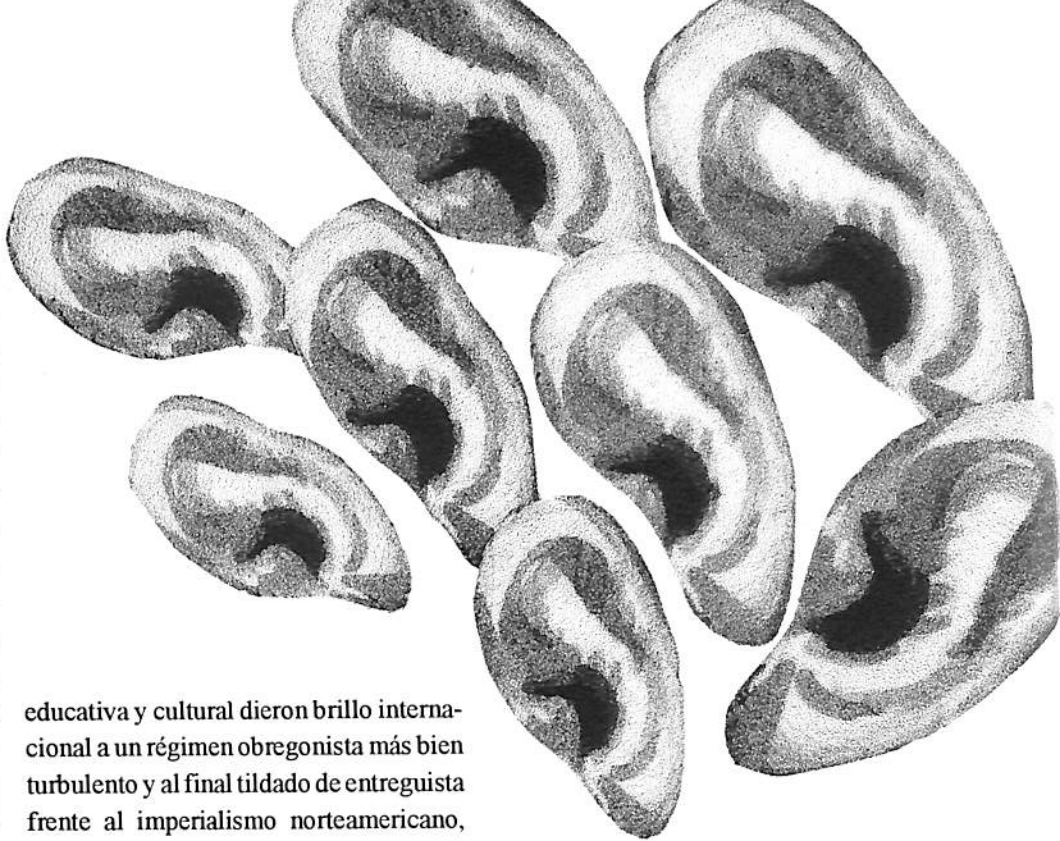
¿Qué hubiera pasado si Vasconcelos no hubiera encabezado el proyecto de la Secretaría de Educación? De hecho Ezequiel Chávez había redactado un proyecto de buena factura, pero nadie mejor que Vasconcelos para la empresa, sobre todo porque fue un puente. Esto en varias direcciones: al recuperar ideas y tradiciones culturales anteriores, al ser enlace de varias generaciones de hombres de cultura y al ser Estado.

En primer lugar, Vasconcelos es continuador de la obra de Justo Sierra. En segundo lugar, realiza una nueva síntesis tomando elementos culturales heredados de la colonia y de los surgidos del liberalismo del siglo XIX. Llinás (1978) hace una distinción entre elementos provenientes de una corriente hispanizante, de pensadores que querían hacer de México una Nueva España, y elementos de una corriente americano-europeizante, pensadores que tomaban como modelo a Estados Unidos o la Europa no española. Vasconcelos no adopta ninguna de las dos posiciones, más bien las mezcla y deriva una propuesta cultural propia, “mexicana”; propuesta que se sintetiza en cinco valores que dan sello a la identidad cultural de México:

Primero, hacer de América Latina el centro de una gran síntesis para formar nuevos valores como lo fueron Constantinopla y Bizancio; segundo, que este concepto de la gran síntesis humana parta de la idea de Hispanidad como cultura esencialmente mestiza que sirva de base al concepto de Mexicanidad; tercero, que el agente de esa labor sea un hombre capaz de servir; cuatro, que este hombre nos enseñe a valemnos del industrialismo, no como fin en sí mismo, sino como medio para un propósito más alto [llegar al absoluto]. El quinto... se refiere a los temas de estudio que ha de ofrecer la Escuela Mexicana... mexicanizar la ciencia y nacionalizar el saber. (Ibid.)

Vasconcelos también es un puente en la medida que es un punto de enlace entre diversas generaciones de hombres de cultura mexicanos. El proviene del grupo Ateneísta, el cual se dispersa durante los años violentos de la revolución, pero una vez en la rectoría de la Universidad Nacional, incorpora a algunos de sus miembros, es el caso del maestro Alfonso Caso.

En las mismas labores incorpora a algunos de los miembros de la generación de 1915, Toledano por ejemplo, conocida como de “Los Siete Sabios”, y colaboran con él, Pellicer como hombre de mucha confianza, algunos de los escritores que más tarde formarán “el grupo sin grupo”, contemporáneos. Sin olvidar el gran impulso que da a los artistas plásticos, muralistas y Escuela Mexicana de Pintura, con Diego Rivera a la cabeza. Nadie a la fecha ha podido impulsar y conjuntar esfuerzos en una tarea común en pro de la



cultura como Vasconcelos. Intelectuales que, dice Octavio Paz, mediante “su participación en la gestión gubernamental ha hecho posible la continuidad de la obra realizada por los primeros revolucionarios. Ellos han defendido en multitud de ocasiones la herencia revolucionaria” (citado por Krauze, 1990).

Vasconcelos también es un puente en la medida que era Estado y, a la manera del filósofo-rey de Platón, logró cristalizar esfuerzos únicos y excepcionales, “la Revolución anda ahora en busca de los sabios”. Siempre atacando a “la barbarie inculta” de los caudillos de la revolución y peleando por incorporar lo mejor al servicio público como medio para aliviar a México de “la catástrofe revolucionaria”, instaurar en México un “buen poder”; al fin y al cabo “el gran partido [era el] de la patria”. Cuanta desilusión sobrevendrá cuando su sueño de filósofo-rey se vio frustrado por el Callismo:

Así fallan, así han fallado, ¡oh patria!, los esfuerzos y los sueños de tus hijos mejores, aplastados por la política que otorga el mando a los imbéciles y a los malvados. (Ibid.)

Salida

Sin duda alguna el vasconcelismo creó los signos del nacionalismo contemporáneo mexicano; es decir, el contenido simbólico-cultural de las instituciones imaginarias del estado post-revolucionario mexicano¹. De alguna forma la filosofía y acción educativa y cultural de Vasconcelos inventa una parte del “México moderno”, inventa, o por lo menos refuerza conjuntamente con otros acontecimientos históricos, el mito de la “Revolución Mexicana”. En términos sociológicos, su obra, *instituye sociedad*, crea estructuras sociales, mentalidad y lenguaje social.

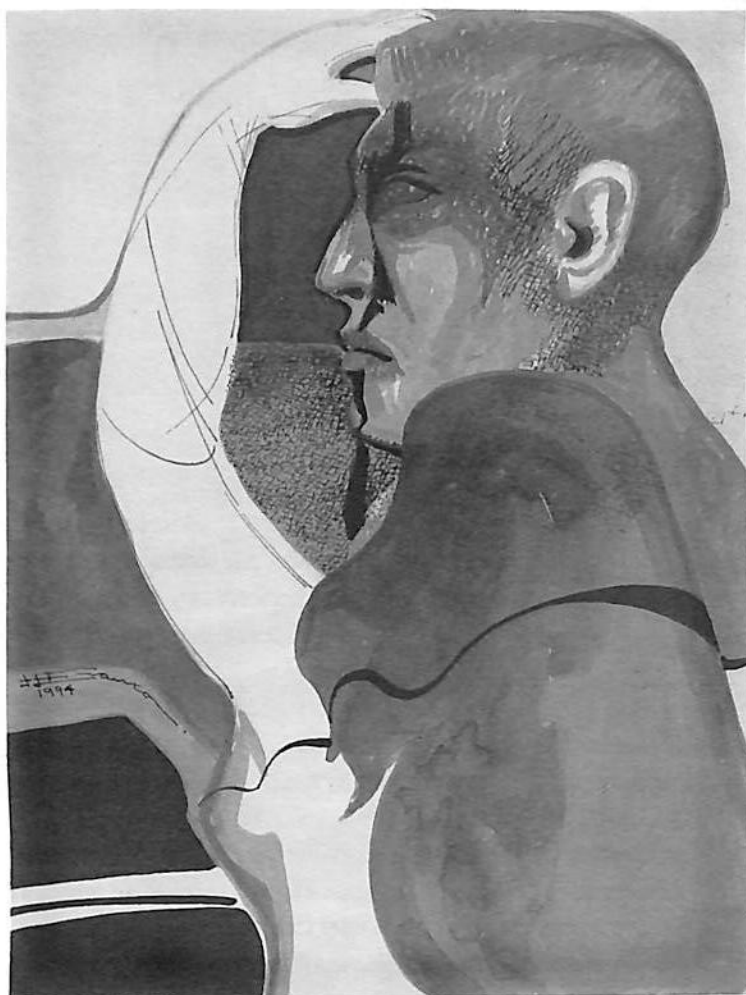
De nueva cuenta aparece una “coincidencia” entre el modernismo y la filosofía de Vasconcelos: el futuro inmediato les niega toda carta de legitimidad; en México los contemporáneos denigran y se mofan de la estética modernista, a Vasconcelos se le ve con distancia e incompreensión. Pero no todas las batallas las perdió el Quijote Vasconcelos, ganó, ni duda cabe, la de la inmortalidad del ideal y del mito.

*Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.*

RUBÉN DARÍO. *Letanía de nuestro señor Don Quijote.*

Nota

- 1 Por instituciones imaginarias entendemos, según el concepto socio-histórico de Cornelius Castoriadis (1988), a “la institución de la sociedad como un todo”, o sea, el contenido de sus instituciones que le permiten existir como sociedad diferenciada y nueva: sus normas, valores, lenguaje, procedimientos y métodos.



Bibliografía

- Brading, David A. (1989). *Mito y profecía en la historia de México*. México, Vuelta.
- Blanco, José J. (1977). *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. México, FCE.
- Castoriadis, Cornelius (1988). *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona, Gedisa.
- Galván (s/f). *El proyecto de educación pública de José Vasconcelos*. México, CIE.
- Solana, Fernando (1981). *Historia de la educación pública en México*. México, FCE.
- Martínez Lambarry, María de las Mercedes (1978). “Ideas y realizaciones educativas de José Vasconcelos 1920-1924”. *Tesis de licenciatura*. México, UIA.
- Llinás Álvarez, Edgar (1978). *Revolución, educación y mexicanidad*. México, UNAM.
- Paz, Octavio (1991). *Cuadrivio*. México, Joaquín Mortiz.
- Plotino (1923). *Selección de las Enéadas*. México, Universidad Nacional de México.
- Vasconcelos, José (1950). *Discursos 1920-1950*. México, Ediciones Botas.
- Vasconcelos, José (1985). *La raza cósmica*. México, Espasa Calpe Mexicana.
- Vasconcelos, José (1983). *Ulises criollo*. Lecturas Mexicanas 11. México, FCE/SEP.
- Vasconcelos, José (1981). *Antología de textos sobre educación*. México, FCE.
- Vasconcelos, José (1982). *El desastre*. México, FCE.
- Krauze, Enrique (1986). “Pasión y contemplación en Vasconcelos”. En *Vuelta*, números 74 y 75.
- Krauze, Enrique (1992). *Francisco I. Madero, místico de la libertad*. Biografía del Poder / 2. México, FCE.
- Krauze, Enrique (1987). *Alvaro Obregón, el vértigo de la victoria*. Biografía del Poder / 6. México, FCE.
- Krauze, Enrique (1990). *Caudillos culturales en la revolución mexicana*. México, Siglo XXI.